

A
KATHARINE DE MATTOS¹

Malo es desatar los lazos que unen por decreto divino;
seguiremos siendo los hijos del brezo y del viento;
aun lejos del hogar, para ti y para mí
todavía florece hermosa la retama en la región del norte.

¹ Se trata de la prima del autor, Katharine Elizabeth Alan Stevenson (1851–1939), casada más tarde con William Sydney de Mattos, que compartió su infancia con él y frecuentó el *cottage* de Skerryvore durante la época de gestación de la novela. (N. del T.)

LA HISTORIA DE LA PUERTA

EL abogado Mr. Utterson era un hombre de semblante adusto, jamás iluminado por una sonrisa; frío, parco y vergonzoso en la conversación; remiso en sentimientos; enjuto, alto, taciturno, aburrido, y sin embargo adorable, en alguna medida. En las reuniones de amigos, y cuando el vino era de su agrado, irradiaba de sus ojos algo eminentemente humano; algo que, a decir verdad, jamás salía a relucir en su conversación, pero que expresaba no solo con aquellos gestos silenciosos de su cara después de la cena, sino más a menudo y llamativamente en su vida cotidiana. Era austero consigo mismo; bebía ginebra cuando estaba solo, para mortificar su afición por los vinos añejos; y aunque le encantaba el teatro, hacía ya veinte años que no cruzaba las puertas de ninguno. En cambio mostraba una acreditada tolerancia en su trato con los demás; unas veces asombrándose, casi con envidia, de la gran tensión anímica que implicaban sus delitos; y en cualquier situación extrema era más propenso a prestar ayuda que a reprender. «Me inclino por la herejía de Caín —solía decir pintorescamente—: dejo que mi hermano se vaya al diablo por su propio pie».² Con este carácter, a menudo tuvo la suerte de ser el último conocido de confianza y la última influencia bienhechora en las vidas de hombres venidos a menos. Y mien-

² En la Biblia [*Génesis*, 4: 9] Caín rehúsa aceptar la responsabilidad por su hermano Abel: «¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?». (*N. del T.*)

tras estos siguieron acudiendo a sus aposentos, jamás les mostró el más leve cambio de actitud.

Sin duda esa proeza le resultaba fácil a Mr. Utterson, ya que era reservado en el mejor de los casos, e incluso sus amistades parecían basarse en una similar liberalidad francamente cordial. Es característico de un hombre modesto el aceptar su círculo de amistades creado de manera casual; y ese era el estilo del abogado. Sus amigos eran los que tenían su misma sangre, o aquellos a quienes conocía desde hacía más tiempo; sus afectos crecían con el tiempo, como la hiedra, y no implicaban la menor inclinación por el objeto. De ahí, sin duda, el vínculo que le unía con Mr. Richard Enfield, pariente lejano suyo y hombre muy conocido en la ciudad. A muchos les intrigaba qué podían ver el uno en el otro, o qué tema de conversación podían compartir. Quienes se tropezaban con ellos en sus paseos dominicales contaban que no decían nada, que parecían extraordinariamente aburridos, y que acogían con evidente alivio la aparición de un amigo. A pesar de todo eso, aquellos dos hombres otorgaban la mayor importancia a esas excursiones, las consideraban lo más preciado de cada semana y, con tal de poder disfrutarlas sin interrupción, no solo dejaban de lado ocasiones de placer, sino que incluso se resistían a las demandas de sus negocios.

Sucedió que en uno de aquellos paseos sus pasos los llevaron a una callejuela en un concurrido barrio de Londres. La calle era pequeña y de las consideradas tranquilas, aunque en los días laborables se llevaba a cabo en ella un floreciente comercio. Al parecer, a sus habitantes les iba muy bien, y todos ellos porfiaban con la esperanza de que les fuera todavía mejor y empleaban el excedente de sus ganancias en coquetería; de modo que los escaparates de las tiendas que se alineaban a lo largo de aquella calle parecían invitarle a uno como si fueran filas de sonrientes dependientas. Incluso en domingo, cuando ocultaba sus más floridos encantos y permanecía relativamente vacía de tráfico, la calle resplandecía por contraste con su sórdido ve-



cindario, como un fuego en un bosque; y con sus postigos recién pintados, sus bronces bien pulidos, y la general limpieza y alegría ambiental, atraía y complacía en el acto la mirada del viandante.

A dos puertas de una esquina, a mano izquierda yendo hacia el este, la entrada a un patio rompía el alineamiento de las fachadas; y justo en aquel lugar, la siniestra mole de cierto edificio proyectaba su gablete sobre la calle. Tenía dos pisos de altura; no se veía ninguna ventana, solo una puerta en la planta baja y un frente ciego de muro descolorido en el piso superior; y en todos sus rasgos mostraba las señales de un prolongado y sórdido abandono. La puerta, desprovista de campanilla o aldaba, estaba excoriada y despintada. Los vagabundos se metían en el hueco y encendían cerillas en los entrepaños; los niños jugaban a las tiendas en los escalones; el colegial había probado su navaja en las molduras; y durante casi una generación nadie parecía haber ahuyentado a aquellos visitantes fortuitos, ni reparado sus destrozos.

Mr. Enfield y el abogado se encontraban al otro lado de la callejuela; pero cuando llegaron frente a la entrada, el primero alzó su bastón y la señaló.

—¿Te has fijado alguna vez en esta puerta? —preguntó; y cuando su compañero le contestó afirmativamente, añadió—: Mi mente la asocia con una historia muy extraña.

—¿De verdad? —dijo Mr. Utterson, con un leve cambio de voz—, ¿y de qué se trata?

—Pues verás, ocurrió así —replicó Mr. Enfield—: Una oscura mañana de invierno, a eso de las tres, regresaba yo a mi casa procedente de algún lugar situado en los confines del mundo y atravesaba una parte de la ciudad donde no había literalmente nada que ver salvo las farolas. Recorrí una interminable sucesión de calles... iluminadas como para una procesión y tan vacías como una iglesia... y todo el mundo estaba dormido, hasta que por fin me sobrevino ese estado de ánimo en el que un hombre presta atención

a cualquier ruido y empieza a anhelar la presencia de un policía. De pronto vi dos figuras: una de ellas era un hombrecillo que caminaba a buen paso en dirección hacia el este, y la otra, una niña de unos ocho o diez años que bajaba por la bocacalle corriendo todo lo que podía. En fin, señor, lógicamente ambas figuras se encontraron en la esquina; y entonces se produjo la parte horrible del asunto; pues el hombre pisoteó tranquilamente el cuerpo de la niña y la dejó tendida en el suelo chillando. Contado no parece gran cosa, pero fue horrible verlo. No parecía un hombre; más bien era como un maldito Juggernaut.³ Lancé un grito,⁴ puse pies en polvorosa, cogí por el cuello al caballero y lo volví a llevar a donde ya se había reunido un verdadero grupo en torno a la niña que chillaba. Estaba completamente tranquilo y no opuso resistencia, pero me echó una mirada tan desagradable que me hizo sudar tanto como la carrera que acababa de darme. La gente que se había congregado era la propia familia de la chica; y muy pronto apareció el médico al que precisamente la habían enviado a buscar. En realidad la niña no tenía nada grave sino que más bien estaba asustada, según el matasanos; y con ello podrías suponer que se acababa el asunto. Pero se dio una curiosa circunstancia. Desde el primer momento yo le había tomado aversión a aquel caballero. Lo mismo le había pasado a la familia de la niña, lo cual era perfectamente normal. Pero me sorprendió la reacción del médico. Era el típico galeno rutinario, sin edad ni color de tez concretos, con un fuerte acento de Edimburgo y casi tan emotivo como una gaita. En fin, señor, le pasó lo mismo que al resto de nosotros: cada vez que miraba a mi prisionero, el matasanos palidecía y le entraban ganas de matarlo. Yo sabía lo que pasaba por su mente, lo mismo que él percibía lo que pasaba por la mía; y como no

³ Deidad de la mitología hindú. En la Inglaterra victoriana el término se utilizaba para denotar a alguien que abrumaba a la gente hasta matarla. (*N. del T.*)

⁴ En el original «view halloa», grito de caza cuando se divisa a un zorro. (*N. del T.*)

era cuestión de matarlo hicimos lo mejor que podíamos hacer. Le dijimos al hombre que podíamos y estábamos dispuestos a armar tal escándalo por aquello que su nombre sería odiado de un extremo a otro de Londres. Si tenía algún amigo o influencia, nos encargáramos de que los perdiera. Y mientras arremetíamos contra él acaloradamente, todo el tiempo tuvimos que mantener a distancia a las mujeres lo mejor que pudimos, ya que estaban tan furiosas como arpías. Nunca he visto un conjunto de rostros tan odiosos; y el hombre estaba en medio, con una especie de perversa y socarrona frialdad... asustado también, como pude percibir... pero salió airoso del asunto como un verdadero Satanás.

»—Si quieren sacar provecho de este accidente —dijo—, no puedo hacer nada, por supuesto. Cualquier caballero que se precie desea evitar una escena. Díganme la cantidad.

»En fin, le apretamos las clavijas hasta sacarle cien libras para la familia de la niña; evidentemente él habría preferido no ceder; pero había algo en todos nosotros que indicaba que podíamos causarle daño, y finalmente se rindió. El paso siguiente era conseguir el dinero; y ¿adónde cree usted que nos llevó? Pues a la casa de la puerta... sacó de repente una llave, entró, y volvió en seguida con diez libras en monedas de oro y un cheque por el resto contra el banco de Coutts,⁵ librado al portador y firmado con un nombre que no puedo mencionar, aunque sea una de las gracias de mi relato, pero diré por lo menos que era muy conocido y frecuentemente mencionado en los periódicos. La cifra era alta; pero la firma, si era auténtica, valía más que todo eso. Me tomé la libertad de señalar al caballero que todo aquel asunto me parecía apócrifo; y que en la vida real no es normal que un hombre

⁵ Uno de los bancos más antiguos de Londres, fundado en 1692 por los hermanos Coutts. A partir del reinado de Jorge III, todos los monarcas ingleses han abierto cuentas corrientes en sus oficinas del Strand. (*N. del T.*)



entre por la puerta de un sótano a las cuatro de la mañana y salga con un cheque firmado por otro por un importe de casi cien libras. Pero él estaba muy tranquilo y desdeñoso.

»—Tranquilícense —dijo—. Me quedaré con ustedes hasta que abra el banco y yo mismo haré efectivo el cheque.

»De modo que nos pusimos en camino, el médico, el padre de la niña, nuestro amigo y yo mismo, y pasamos el resto de la noche en mis habitaciones; y al día siguiente, cuando hubimos desayunado, fuimos todos juntos al banco. Yo mismo entregué el cheque y dije que tenía motivos para creer que se trataba de una falsificación. Nada de eso. El cheque era auténtico.

—¡Tate! —dijo Mr. Utterson.

—Veo que tú piensas lo mismo que yo —dijo Mr. Enfield—. Sí, es una fea historia. Pues nuestro hombre era un individuo a quien nadie podía ver, un hombre verdaderamente detestable; y la persona que extendió el cheque era todo un dechado del decoro, célebre además, y (lo que es peor) uno de esos tipos que hacen lo que se suele llamar el bien. Se trata de un chantaje, supongo; un hombre honrado que está pagando muy caro alguna travesura de su juventud. Por consiguiente, la Casa del Chantaje es como yo llamo a aquel lugar de la puerta. Aunque eso, como sabes, está lejos de explicarlo todo —añadió; y tras decir esas palabras se sumió en profundas cavilaciones.

Mr. Utterson le sacó de ellas al preguntarle de pronto:

—¿Sabes si el librador del cheque vive allí?

—Un sitio apropiado, ¿no te parece? —replicó Mr. Enfield—. Pero da la casualidad de que me he fijado en su dirección; vive en cierta plaza por aquí cerca.

—¿Y nunca has preguntado por... aquel lugar de la puerta? —dijo Mr. Utterson.

—No, señor. Me parecía poco delicado —fue su respuesta—. Me resisto mucho a hacer preguntas; participa bastante del estilo del día del Juicio



Final. Plantear una pregunta es como lanzar una piedra. Se sienta uno tranquilamente en lo alto de una colina y allá va la piedra, poniendo en marcha a las demás; y en seguida algún tipo anodino (el último en el que uno habría pensado) recibe un golpe en la cabeza en su propio huerto, y la familia tiene que cambiar de nombre. No, señor, tengo por norma que cuanto más dudosa me parece una cosa, menos preguntas hago.

—Una norma muy buena, además —dijo el abogado.

—Pero he examinado aquel lugar por mi cuenta —prosiguió Mr. Enfield—. No parece una casa ni mucho menos. No hay ninguna otra puerta, y nadie entra ni sale por ella, salvo, de vez en cuando, el caballero de mi aventura. En el piso de arriba hay tres ventanas que dan al patio; ninguna en el piso bajo; las ventanas están siempre cerradas, pero limpias. Y además hay una chimenea, que por lo general echa humo; de modo que alguien debe de vivir allí. Sin embargo, no es posible asegurar eso, pues los edificios están tan juntos en torno a ese patio que es difícil decir dónde termina uno y comienza otro.

La pareja volvió a caminar un rato en silencio; luego dijo Mr. Utterson:

—Enfield, esa norma tuya está muy bien.

—Sí, eso creo —replicó Enfield.

—Pero a pesar de todo —continuó el abogado—, hay una cosa que quiero preguntarte: quiero preguntarte cómo se llama el hombre que pisoteó a la niña.

—En fin —dijo Mr. Enfield—, no veo que eso le haga mal a nadie. Era un hombre llamado Hyde.

—¡Hummm! —dijo Mr. Utterson—. ¿Qué aspecto tiene ese hombre?

—No es fácil de describir. Algo le pasa a su aspecto; algo desagradable, algo realmente detestable. Nunca vi a un hombre que me desagradase tanto, y sin embargo seguramente no sabría decir por qué. Debe de estar desfigurado en alguna parte; da la impresión de que es deforme, aunque no podría